

exponentes de la salud y del padecimiento, de la bondad y de la envidia, de la fecundidad y de la impotencia, de la dicha y de la felicidad. Cada mueca es una biografía.

Sobre su mesa de labor estaban esparcidos papeles y libros que el trabajo y el talento convertirán en páginas apetecidas por cien mil lectores.

Nordau, contra lo que de él podría creerse, encarna el tipo psicológico del hombre equilibrado. Es ante todo un trabajador, un estudioso infatigable. Antes de terminar una obra pone manos á la siguiente y piensa ya las sucesivas. Vive retirado «del mundo, de la carne y del demonio», eludiendo todas las cosas que hacen perder tiempo: la vida social, el café y la política. Su sionismo es una simple actitud. Podría ser también una coquetería antiburguesa, una manera de no ser jacobino ó conservador, republicano ó monárquico, radical ó anarquista: matices diversos de la vulgaridad.

No trabaja por impulsos, como hacen muchos «idiotas geniales». Su pensamiento es progresivo, metódico, se integra equitativamente. La disciplina mental es una de sus características; por eso conversa como escribe y su amistad resulta útil además de atrayente. Siempre está de buen humor, discretamente dispuesto á la chanza; la ciencia no ha conseguido matar el espíritu dionisiaco que retoza en la intimidad.

Algunas veces se crispa como un gesto de amenaza para lanzar uno de sus juicios decisivos, capatultantes; por momentos su palabra ase un apellido como una tenaza coge un clavo, su ingenio lo muerde como un ácido violento al metal falso, lo estruja, lo agita sabiamente, y después del análisis lo filtra hasta dejar un leve residuo de lo que antes era una reputación. Esta aparente maldad es, sin

embargo, bondadosa; es la maldad del médico severo que ha resuelto curar al enfermo y no transa con los caprichos del paciente y de su familia. ¿Ese médico odia, acaso, á su enfermo?

Nordau conversa mediante un mecanismo cerebral propio; la asociación de sus ideas es original y su estilo de expositor le pertenece de manera exclusiva. Su lógica es rigurosa. Pero es una lógica suya, distinta de la escolástica vulgar, de esa lógica admirada por las ocas y al alcance de los papagayos, donde los términos del discurso se suceden como los números de un almanaque de pared, donde cada idea viene agarrándose de los faldones de la precedente, como los niños que juegan al «Martín Pescador».

Sus razonamientos no son, en ningún caso, paradójales. Clasificar de paradoja toda idea que contrasta abiertamente con los errores aceptados por rutina ó por pereza, es una represalia del vulgo. Todos los hombres que enunciaron verdades nuevas fueron paradójales para sus contemporáneos; ello en el mejor de los casos, pues muchos recibieron del rebaño el honroso título de locos, de acuerdo con aquella definición que dió un lanudo Rambouillet, á despecho de los alienistas: «Loco es todo el que no es carnero.» Nordau está libre de este epíteto; pero nadie lo exime ya del anterior. Todo hombre que va contra las rutinas del rebaño que le rodea—todo hombre «inactual», en el mejor sentido de la jerigonza nietzschista—acaba por gustar de esos calificativos: Nordau ha fomentado el propio, titulando «paradojas» dos de sus libros más leídos.

Cuando publicó *Degeneración*, una multitud de malos poetas decadentes difundió la noticia de que Nordau era un «periodista», á lo sumo «el más

grande periodista». Habría sido más fácil demostrar que su libro era exagerado y lleno de injurias; pero prefirieron esparcir el epíteto injurioso, pues sabido es el desprecio que tienen por el periodismo ciertos poetas que se consideran refinados estilistas y no consiguen un puesto de repórter. Inútil es agregar que muchos ingenuos siguen repitiendo que Nordau sólo es un periodista, sin haber leído uno solo de sus libros científicos ó leyéndolos sin comprenderlos.

Acaba de publicar un volumen sobre *El arte y los artistas*, en alemán; nada podemos decir á su respecto, pues el idioma de Guillermo II no figura en el modesto «haber» de nuestro balance filológico. En cambio, gracias á la comunicativa gentileza del ilustre escritor, adelantaremos que su obra futura nos parece destinada á acrecentar sobremana su celebridad.

Se titulará *El sentido de la Historia* y constará de dos tomos, escritos ya en gran parte. Aparecerá dentro de un año. Nordau cree que la historia se encuentra en un período semejante al de la alquimia ó la astrología. Este juicio, más exagerado que inexacto, es susceptible de atenuaciones y creemos que ellas no le pasarán inobservadas en el curso de su trabajo.

El público inteligente puede ponerse en acecho desde ahora y aguzar todos los recursos de su ingenio para cuando la obra asome en los escaparates. Pues al final de cuentas, los escritores sólo servimos para blanco de su esgrima y al trabajar un libro no contamos con sus aplausos, sino con su malignidad.

Tenemos, sí, un gran consuelo: solamente muerde y rasguña la mujer que ama.

## Richet

El ilustre fisiólogo Charles Richet está irremediabilmente enfermo de misticismo senil; á no tratarse de un hombre por tantos conceptos respetable, diríamos sin reparo que está zonzo. Da tristeza conversarle acerca de espiritismo, mediumidad y fantasmas; habla como una vieja de tierra adentro, y por milagro no se persigna al nombrar el objeto de sus actuales preocupaciones. Al contarlas habla como un iluminado vergonzante, como un hombre de fe que lee la incredulidad en el rostro de su interlocutor. Ensayamos en vano algunas objeciones: las eludió con enternecedora ingenuidad. Hizo bien: la fe no se discute.

En Argelia, en «Villa Carmen», perteneciente al general Noel, hiciéronle ver y tocar un fantasma viviente. La aparición se produjo en un gabinete bien alfombrado, en que había mesas, sofás, muebles, una bañadera y la inevitable cortina; los fantasmas son caprichosos, gustan de aparecer entre cortinas. Además de Richet y los esposos Noel, asistían el espiritista profesional Gabriel Delanne y seis mujeres, todos muy diestros en el juego de las mesas parlantes y en las evocaciones de ultratumba. Una de las mujeres (la médium) fué novia del difunto, tres son menores de edad y dos sirvientas de la casa. Richet no se preocupó de averiguar cuántas de ellas padecen de histerismo, ni

quiera puso en duda su buena fe y la posibilidad de una sofisticación inconsciente.

La médium sentóse ante la cortina, en una obscuridad casi completa; pocos momentos después apareció sobre ella el espectro de su novio, envuelto en una sábana, es decir, en traje de fantasma. Richet lo fotografió al magnesio, tocó su mano y lo invitó á soplar en un tubo de agua de borita, que se enturbió por la reacción del ácido carbónico respiratorio. ¿Cómo dudar de que el fantasma existía y vivía?

Richet no lo duda; nosotros tampoco. Pero hay una leve diferencia entre ambos juicios. Para el ilustre profesor el fantasma era el espíritu errante del difunto novio, materializado por la influencia de la médium. Para nosotros la médium misma pudo levantar un maniquí que le alcanzó la sirvienta desde atrás de la cortina; la mano que tocó Richet (debajo de la sábana) pudo ser de la propia sirvienta, una negra llamada Aischa, que no se atrevió á mostrarla para evitar que el fantasma de un blanco ostentase una mano de color; ella misma pudo soplar en el tubo de borita cuando el fantasma fué invitado á hacerlo. Las condiciones en que se produjo la sofisticación nos parecen infantiles; un distinguido psicólogo de París publicó un sesudo artículo demostrando el fraude sobre las propias fotografías de Richet.

Triste lección. Haber sido un sabio de verdad, un experimentador de primera fila, para dejarse coger como un chiquillo en redes más leves que telarañas.

Esta opinión sobre el caso de Richet no implica negar la actitud de ciertas históricas-médiums para desarrollar á distancia fenómenos de sensibilidad y movimiento; pero esas energías que irradian del

organismo de la médium permiten excluir la intervención de espíritus en tales experimentos, antes que autorizar tan primitiva suposición.

Richet tenía que acabar así: presencia estas cosas como creyente y no como sabio. Su fe permite que otros abusen de su buena fe.

«No creo que me hayan engañado, y por eso creo en la existencia de los fantasmas.» Eso es todo. Richet, el místico, ha dicho «creo»... Richet, el hombre de ciencia, no se atreve á decir y demostrar que «sabe». Al fin y al cabo esta honradez vale una disculpa. Y la merece.

¡Está tan viejo!

## Rodin

Entramos devotamente en su taller, como en un templo. Es sencillo y bondadoso, ameno conversador. Su hermosa cabeza blanca diríase elocuente; es de estatura mediana, más bien bajo; mira dulcemente y vaga en sus ojos un secreto prodigio, el mismo que le permite precisar las suntuosas líneas del mármol después que las ha visto en su cerebro creador. Su abolengo es de genios. Scopas y Praxiteles podrían estrechar su mano, magüer la diferencia de su arte; son hermanos en el genio antes que en la obra. En su familia hay otros ilustres: Miguel Angel es la fuerza, Canova la gracia, Rodin la idea.

En compañía de madame Genevière Lanzy, distinguida escritora y bella mujer, llegamos á su

estudio en una hora crepuscular. Ardía y crepitaba mucha leña en la estufa, mientras un reflejo de oro y púrpura iluminaba desde lo bajo aquella complicada teoría de maravillas: parecía un desfile de walkyrias entre un campo de mies y de amapolas. Después plantó una vela en un pedazo de barro, la encendió y la puso junto á uno de esos mármoles que reciben diariamente su animador soplo genial.

En esa hora y con esa luz habríase dicho que el taller era un sabbat vehemente. Por todas partes mujeres deliciosamente desnudas, curvas perfectas estremeciéndose por las caricias de olas sonoras, ninfas oscilando su gracia sobre fuentes silenciosas, senos procaces surgiendo del infidente bloque en actitudes de hermosura violenta, besos prolongados é intensos como combustiones de labios febriles, mejillas insaciables, pecaminosas orquídeas de voluptuosidad, toda la gama infinita de Eros. El viejo derrocha en su obra fantasía y amor sin freno.

Junto al arte está la profesión, el tosco pan esparcido entre la gloria, en forma de retratos expresivos, magníficos, de señoras burguesas, más ricas de dinero que de hermosura. Rodin se esfuerza por hermopearlas en proporción á lo que pagan: para algunas es vana labor.

Nos dijo que le tienta la idea de trabajar una *Salambó* inspirándose en Flaubert; á este propósito recordó el hermoso cuadro homónino del pintor argentino Rodríguez Etchart. Ignoraba la muerte de Miguel Cané y pareció lamentarla: «era un espíritu muy culto, encantadoramente superficial».

Demostó simpatía por Irurtia, recordó á Pellegrini, habló de Schiaffino y de sus artículos en *La Nación*; alegó plena ignorancia respecto de su cri-

tico Groussac. Sin embargo esquivó conversar del *Sarmiento*: «Sí, el *Sarmiento...*», pero se mostró satisfecho del *Apolo* que magnifica el pedestal: «Me gusta, salió muy bien.»

Admira á Mennier, sin incurrir en la tontería de creerse inferior á él; gusta de Bistolfi, aunque el género funerario le parece muy banal. Se queja abiertamente de sus compatriotas, máxime de la gente oficiosa; cree ser más estimado en el extranjero. Y repitió el eterno refrán de todos los grandes hombres: nadie es profeta en su tierra. Sin embargo, desde hace dos años le aplicaron una encomienda de la Legión de Honor. Y él la aguanta.

### El abate Peillaube

Todo hombre que haya alcanzado la dicha de tener ideas en vez de opiniones, de matar la pasión con la sonrisa, huyendo desde la política hacia la filosofía, comprenderá que un abate ilustrado y risueño es preferible á un ateo ignorante y aburrido. Nuestro amigo Vaschide, psicólogo y experimentador de nota, creyó conveniente presentárnoslo en un almuerzo. Ocurrencia feliz, digna del eminentísimo don Francisco de Quevedo y Villegas, el cual sentenció que á un abate sólo es posible conocerlo bien comiendo en su propia casa. No lo diremos por simple gratitud, pero la mesa fúe digna y absolutamente abacial: pierna de cordero magnífica, postres minuciosos, botellas envainadas en copiosas telarañas, apetito luculiano. Con todo,

no fué una cena de Trimalción; faltaba el plato clásico: no había damas. En cambio abundaban los filósofos; en este sentido parecía una mesa griega.

Sonrisa fresca y estilete certero, mucho de Juvenal, bastante de Renán y de Brunetière, y hasta un poco de Voltaire: tal es el abate Peillaube. Cree ser católico y procede como si realmente lo fuese. Es profesor de psicología en la Universidad Católica y dirige la *Revue de Philosophie*; en ella se profundiza estudios de psicología científica, muchas veces experimentales, sin que el dogma trabee en manera alguna á la ciencia. Su tolerancia es completa; él cree porque debe creer, pero ello no le impide concebir que los demás no crean.

¿El estudio de la psicología positiva y experimental es conciliable con la fe religiosa?

Aunque Peillaube lo asegura, nos cuesta creerlo. La fina dialéctica y la ilustración vasta permiten conciliar, aparentemente, cosas mucho más contradictorias. Pero la realidad se filtra por entre la dialéctica, como el agua marina por entre las tablas de un barco desvencijado: y resulta que la concordancia naufraga en un absurdo de relatividades, pues está hecha á expensas de jirones de fe y de ciencia. Sin embargo, un Peillaube es preferible á un Combes, por más ilustrado y ático; por lo menos no desayuna ateos ni cena librepensadores, como el otro frailes y monjas.

### Metchnicoff

A los cincuenta años era apenas conocido; á los sesenta goza de celebridad mundial. Es un simpático viejo lleno de mugre y de talento: parece que la una no estorba al otro; pero ello no significa que baste ser mugriento para ser talentoso. Las sucias canas de su barba parecen un borujo de lana vieja extraído de un colchón infantil. En el Instituto Pasteur enseña ciencia de la vida, esa alta ciencia que no sospecha el común de los galenos, inclinado á curar enfermedades cuya naturaleza ignora mediante drogas de problemática eficacia. Los médicos franceses se esfuerzan por no admirarlo: Metchnicoff los compadece, sin que ello les impida concurrir por docenas á sus lecciones. Es inútil la protesta del hierro dulce: el imán puede más; y el imán de hombres no está en el estómago, sino en el cerebro. Los insectos acuden al foco luminoso; cuando son muchos pretenden opacar su luz, pero mueren por millares. Y el foco sigue resplandeciendo.

Su juicio es de filósofo á la vez que de ironista. «Para ser médico la ciencia huelga; un médico no está obligado á ser hombre de ciencia, ni pensador, ni estudioso, ni escritor, ni nada; basta ser curandero legal y diplomado. Mis «estudios sobre la naturaleza humana» hacen sonreír á los médicos prácticos; me reprochan que yo no lo soy y que mis libros son de especulación filosófica ó literaria.

Algunos me compadecen. Yo sé que prefieren un abundante recetario de jalapas y calomelanos, pero no soy capaz de escribir un libro de tanto vuelo; me resigno á ser hombre de ciencia, mientras ellos remontan el pináculo del curanderismo.» Entra en clase como un proyectil, habla desde la puerta y gesticula activamente. El tiempo le es breve para decir lo mucho que sabe. Carece de preámbulos. Enuncia ideas, expone datos, refiere hechos, siempre con talento y originalidad. Para probar que el microbio del cólera es impotente si llega á un organismo sano, tragó una vez un cultivo del terrible huésped; aun está vivo y sonríe cuando refiere el caso para corroborar esta alta enseñanza: el microbio es inofensivo si no hay predisposición, si no están debilitadas las defensas naturales del organismo. Sus investigaciones sobre cierto mal de origen amoroso dieron lugar á comentarios más risueños que los clásicos de Molière. En un escenario de París aparecía Metchnikoff seguido por dos monos que no habían amado jamás, inoculados con propósito experimental. Decían enormidades; en París los monos de los teatros hablan hasta por los codos. Y lo que es peor, dicen chistes.

Los estudios de Metchnikoff sobre las causas que abrevian la vida humana y los medios de evitarlas, fueron acogidos con escepticismo. El se burla de los incrédulos; nos decía con envidiable gracia: «Tengo ya sesenta años y espero vivir otros sesenta para demostrar que podemos alargar la vida.» Salvo error ú omisión.

## Fraya

En los tés vespertinos ofrecidos por Emilio Buloz, hijo del fundador de la *Revue de Deux Mondes*, conocimos é intimamos con una joven señora, bien parecida, perspicaz en grado sumo y viuda. Su boca es sonriente, su nariz afilada, los ojos picarescos; mirándola de perfil nos hacía recordar el *Apolo Arcaico* del museo de Atenas. Tiene afición por los estudios psicológicos y los aborda con tanto empirismo como buena intención. Tras pocos minutos de cháchara semicientífica hizo nuestro retrato psicológico, bastante acertado y completo. Su exactitud fué su propia condena.

—Ya ve usted, Mad. Fraya, que no es necesario leer las manos para conocer el carácter de las personas.

Se turbó un poco, mas se rehizo rápidamente. Pero, en rigor, se confesó vencida. Esta inteligentísima señora practica la quiromancia. Recuerda haber leído en la mano de un argentino «muy alto, sin barba, parecía un hombre de gobierno; tenía la muñeca muy grande». Ignora su nombre; ¿podría llamarse Pellegrini?

La celebridad de Fraya promete superar á la de Mad. de Thèbes, famosa universalmente. ¿Lee en la mano? Vamos por partes.

Es indudable que difieren la mano de la cortesana y la del luchador, la del viejo y la del niño, la del tipógrafo y la del curtidor, la del orfebre

que cincela y la del boticario que hace píldoras, la de un sano almacenero de suburbio y la de un tuberculoso que agoniza en un sanatorio.

En este sentido la quiromancia parte de premisas verosímiles; de ellas pueden inferirse presunciones perfectamente lógicas, variables con la agudeza individual del observador. Ya conocemos los prodigios de este orden que Conan Doyle hace realizar á su interesante Sherlock Holmes.

Sin embargo, todo eso nos parece superfluo para el ejercicio corriente de la quiromancia. Para conocer á los postulantes vale mucho más una rápida perspicacia; podríamos citar á muchos «concedores de hombres» que no leen las líneas de la mano. Esa aptitud nativa se perfecciona por el ejercicio consuetudinario; en Mad. Fraya, y en otras quirománticas, debe estar desarrollada en grado sumo. A los cinco minutos de estar con una persona adivinan su temperamento, sus inclinaciones, sus gestos y aun sus pasiones del momento. Tienen ojo clínico para conocer el carácter humano, como otros lo tienen para diagnosticar una enfermedad ó para justipreciar la fecundidad de un campo.

Algunas veces Fraya se equivoca, como cualquier perito de otra clase. Todo médico honesto puede referir por docenas sus errores de diagnóstico.

## Los fanáticos del ateísmo

Paris, 1905.

Montmartre... ¿Para qué repetir su elogio panorámico, las dulces historias de su bohemia romántica, el reir musical de sus Mimies y sus Musetas con bocas sonoras como sistros, los derroches inadvertidos por manos imprevisoras, la travesura inquieta del cabaret, el eco de voces femeninas que ruedan por las calles como un coro de aulétridas embriagadas en una fiesta dionisiaca?... Llegamos á Montmartre con la fatiga encantadora del que trepa una altura. Fué en una tarde febriciente, democrática; sentiase doquiera un calor de pasiones y de estío, fundiéndose el oro violento del sol con el rojo descabellado de las almas.

Llevamos un tomo de Renán y otro de Stirner debajo del brazo, como salvavidas seguros, antes de sumergirnos en la ola sectaria, rebaño de mil cabezas; bullían en cada una mil sugerencias envenenadoras, como serpientes innumerables de una medusa carmesí. En los gestos altivos se traducían desplantes y amenazas; en cada pupila brillaba una chispa de incendios ignotos; en cada labio pírreteaba una mueca, terrible ó ridícula. Caras pálidas, caras demacradas, caras mudas, por el